

lo que se escribió «en contra». Leído hoy y aplacados los enconos por el tiempo, guarda interés el prólogo de Guillermo de Torre a la edición de Aguilar de 1950, tantas veces citado para agraviar al crítico más que al criticado. Dejadas de lado las enemistades de los coetáneos y quitado el tono peyorativo con el que fue escrito, podemos entresacar observaciones atinadas de la crítica más virulenta al peculiar estilo de Quiroga: esa propia «concisa», a «fuerza de desaliño torpe», «sin el menor escrúpulo de pureza verbal», en un autor que «infravaloriza la literatura ante la acción». El crítico acierta en el diagnóstico de un estilo original que le llama la atención; se equivoca en la valoración al señalar como defectos las novedades que su purismo estilístico y su credo estético le impedían apreciar. Efectivamente la prosa de Quiroga es concisa, desaliñada, impura; pero esa torpeza no era en absoluto producto de una incapacidad —como creyeron de Torre y su grupo—, sino de la búsqueda de un estilo «a machetazos» acorde con la dureza e intemperie de los argumentos. El crítico tropezó al valorar pero fue precoz al descubrir las peculiaridades del estilo de Quiroga.

Otros aportes: cien años de lectores

No es posible concluir este repaso sin mencionar los trabajos de Zum Felde que sitúan al hombre y la obra en el contexto histórico-literario de su época; los aportes de Rama, Visca y Ruffinelli, tanto a la crítica como a la posibilidad de leer *Obras inéditas y desconocidas* (1967-73); los estudios de Jaime Alazraki que se han centrado en la interpretación crítica de la obra o que iluminan la lectura de algunos textos puntuales y otros que omito para no convertir esta nota en una lista tediosa². Para cerrar este panorama no puede faltar un comentario sobre la crítica más reciente contenida en el volumen de la Colección Archivos que viene a coronar este siglo de lecturas y ediciones de Quiroga. La edición de *Todos los cuentos*, al cuidado minucioso y erudito de Napoleón Baccino Ponce de León y Jorge Lafforgue, culmina un siglo de interpretaciones y lecturas con el doble aporte de la fijación escrupulosa de los textos y un ajustado balance de los saberes sobre la vida y obra de Quiroga hasta aquí.

En la selección y ordenación de los textos vemos el primer acierto de esta recopilación. A «todos los cuentos» se suma un *dossier* que incluye artículos sobre asuntos diversos, textos teóricos, testimonios literarios y notas; la omisión de algunos ejemplos tomados del epistolario y del diario, seguramente se debe a la extensión y los límites del ya grueso volumen. De un vistazo a este conjunto se desprende la primera característica de la actualidad de Quiroga, un autor no sólo de cuentos sino de una variada gama de piezas literarias.

Reconocido buscador de los márgenes, pareciera ser que desde la libertad de las fronteras le fue posible emprender «obras de todos los colores» abordando géneros fronterizos, fluctuando desde lo más prestigioso —el cuento, la novela, el teatro, la poesía— hasta lo que se consideraron escrituras menores: la carta, la nota de encargo, las series de artículos, el ensayo breve sobre tema diverso, exponentes de sistemas menos apreciados en los que, sin embargo, descuellan algunos escritores claves de la modernidad. (Pienso por ejemplo en Borges y sus prólogos.)

Libre de prejuicios y jerarquías literarias, Quiroga eligió para expresar cada emoción y cada idea el molde que le venía más adecuado. Incluso un mismo asunto podía empezar esbozado en una carta, hasta que el autor descubría sus posibilidades como ficción y lo transformaba en cuento (es el caso de la sirvienta picada por la víbora, episodio contado en carta a Martínez Estrada y luego incluido en el cuento «Un peón»). Quiroga sabe colocar cada pieza en su estuche; a cada estado de ánimo o situación vital corresponde un modo de escritura. Hay temas que exigen el ensayo y la teoría, otros el cuento y la ficción, la carta o el diario íntimo. Aunque también determinan la elección, las épocas y hasta los encargos de los editores. Esta flexibilidad de un autor que maneja varios instrumentos le permite moverse con una soltura que hoy apreciamos como un rasgo de su actualidad, una libertad más duradera aún que las estridencias de las vanguardias en las que no entró.

Uno de los mayores aportes del artículo de Jorge Lafforgue en la edición de Archivos, titulado justamente «Ac-

² Remito a la bibliografía de Walter Rela (Casa Pardo, 1972), completa hasta los años 70 y a las actualizaciones parciales en ediciones posteriores: Castalia, 1990; Cátedra, 1991; Archivos, 1993.

tualidad de Quiroga», consiste en subrayar definitivamente la entidad literaria de esos textos (cartas, artículos) como parte medular de su obra.

Ya he señalado el buen criterio de la antología de textos escogidos en esta edición; cabe también alabar la selección de estudios críticos que la enmarcan. Dos artículos introductorios y una nota filológica preliminar abren el libro y preparan su lectura; varios trabajos críticos sobre aspectos puntuales, una cronología y una bibliografía, ofrecen, al final, materiales de consulta, esquemas, aclaraciones y guías para los especialistas.

Subrayo como otro acierto la calidad complementaria de los dos artículos introductorios a cargo de Abelardo Castillo y Jorge Lafforgue, de quien ya adelantábamos algún aporte significativo.

Castillo se encarga de la presentación en sentido estricto. Ubica a Quiroga y su obra en la literatura de su época y en la tradición del Río de la Plata, al señalar los valores clave de su escritura, el aporte que supuso para el *corpus* en que se inscribe y las relaciones con sus fuentes locales o extranjeras.

Lafforgue, por su parte, también sitúa la obra en su medio, el de las dos orillas del Plata, pero para ocuparse especialmente de sus lectores, de lo que opinaron los críticos amigos y no tan amigos, de lo que subrayaron y omitieron y de cómo fueron aclarando, paulatinamente, aspectos significativos. Sintetiza el proceso de construcción de la crítica sobre la obra de Quiroga, registra los vaivenes de esa labor fragmentaria y la sistematiza.

La presentación de Castillo, él también cuentista de excelencia, permite un mano a mano de narrador a narrador. Sin concesiones didácticas ni académicas, expone lo que hace original una obra en el marco de su época y geografía; también habla del hombre estafalario. No trata de ser exhaustivo sino incisivo; no intenta probarlo todo sino encontrar un ángulo, sólo algún aspecto, que le llama la atención en cuanto hace a la particularidad de la escritura de Quiroga, a su inclusión original en la tradición. Para ubicar y valorar la obra, parte de una penetrante diferencia entre la literatura del norte y del sur de la América hispana: mientras la tradición es obedecida «con elocuente naturalidad» por los grandes escritores del norte, dice Castillo, en el Río de la Plata es saludablemente cuestionada y destaca, «en el plano del lenguaje una ruptura casi desdeñosa con la

tradicción castiza española». Sitúa a Quiroga en esa corriente desacatada del Río de la Plata a la que pertenecen, entre otros notables, Sarmiento, Borges, Cortázar, Onetti y analiza con sutil inteligencia algunos secretos de su particular «arte de contar».

Lafforgue, por su parte, ha saboreado lo escrito por Quiroga y ha leído con prolijidad todo lo que se ha expuesto sobre su obra. Por eso puede dar, en síntesis enjundiosa, la historia de la recepción, la valoración y las clasificaciones que se han hecho a través de los años. Esa rara y brillante mezcla de erudito con gozoso lector le permite hacer observaciones atinadas a la historia general de la lectura de Quiroga. No sólo estructura una teoría sobre otras (la crítica de la crítica), sino que también ejercita esa otra crítica tácita de los hechos, como es la interpretación del sentido de las recopilaciones y publicaciones de artículos, cartas, notas y papeles dispersos del propio autor. La recalificación de esa escritura marginal como parte indiscutible de la «obra literaria» de Quiroga, es seguramente el aspecto más atractivo del trabajo de Lafforgue. Junto a la creativa y exacta presentación de Castillo, constituyen méritos sobresalientes del presente volumen y un aporte indudable a la lectura de Quiroga.

Completa la introducción una exposición sobre el arduo y menos lucido trabajo de fijación del texto, pero imprescindible para establecer la base de futuros estudios. Tarea necesaria sobre todo en nuestra América y en estas épocas en que el prestigio de la creatividad —necesaria en la interpretación crítica— a veces desdeña el minucioso trabajo filológico, más asiduo en los estudios europeos.

La investigación minuciosa de Baccino Ponce de León, uno de los coordinadores del libro, da esa base sólida para la construcción posterior, sin tropiezos ni errores, de teorías de vuelo más imaginativo que den un sesgo inesperado y audaz a la interpretación y el análisis.

Finalmente, el libro se cierra con trabajos específicos sobre aspectos puntuales que tienen un interés más restringido y se dirigen a docentes y especialistas. Tomo como ejemplo el de Beatriz Sarlo sobre «Horacio Quiroga y la hipótesis técnico-científica» en el que su autora reflexiona sobre la proyección del desarrollo técnico-científico en la literatura de Quiroga. Sarlo señala la inclusión del laboratorio como un novedoso espacio literario y detec-

ta la autonomía moral —no sólo ideológica— que el informe científico transfiere a la literatura. Observaciones originales e incisivas pero expuestas quizá con excesiva minucia.

Se trata, pues, de un libro recomendable para el lector general que tendrá acceso, en un solo volumen, a todos los cuentos y a una buena selección de otros textos literarios de Quiroga; imprescindible para el especialista y el profesor al ofrecerles versiones filológicas serias, inteligentes artículos introductorios, nuevos soportes críticos, una cronología y una bibliografía actualizada.

Una obra digna del papel que ese azar de las fechas le confiere: abrir un nuevo siglo de lecturas de Horacio Quiroga.

Leonor Fleming Figueroa

Las voces de Valle-Inclán

Los amantes de la palabra de Ramón María del Valle-Inclán debemos agradecer a sus nietos, Joaquín y Javier, la preparación de este libro*. Con gran rigor docu-

mental y con mucho cariño, Joaquín y Javier del Valle-Inclán han reunido 181 documentos que retratan la vida pública de su ilustre abuelo entre 1891 y 1935. Entrevistas, conferencias y cartas publicadas en prensa durante más de cuarenta años de su vida: sé muy bien las dificultades que supone localizar y transcribir las huellas que dejó don Ramón a su paso por Argentina, Chile, Cuba, los Estados Unidos, México, Francia e Italia, y —ya dentro de España— en sus viajes a Valencia, Barcelona, Burgos, Bilbao, etc. Valle-Inclán fue un gran viajero. Acompañarle en sus idas y venidas nos convierte a todos en emigrantes literarios.

Hay novedades en este libro. Los recopiladores han descubierto entrevistas desconocidas —muchas de ellas aparecidas en periódicos gallegos— y han localizado otras que sabíamos que estaban por allí, pero que no habíamos encontrado a pesar de nuestras pesquisas. Por ejemplo, la famosa conversación sobre el presidente mexicano Obregón, tras su asesinato en 1928: ¿por qué no la habré buscado en la revista *Estampa* de Madrid, donde se publicó el 24 de julio de ese año? O la detallada conversación sobre la guerra que yo conocía en una versión de 1916, traducida al francés e incluida en un libro de clara intención propagandística (*Chez les neutres* de J.-Félicien Court): ahora sabemos que apareció en *El País* [Madrid] el 7 de marzo de 1915. De manera que esta recopilación de Joaquín y Javier del Valle-Inclán despeja dudas, fija fechas, identifica a personas de la época en su índice onomástico y, sobre todo, amplía el *corpus* de textos en los que suena la voz de don Ramón.

¿La voz o las voces de don Ramón? No debemos olvidar que Valle-Inclán fue actor, que se casó con una actriz y que viajó con compañías teatrales. El arte de adaptar la voz al personaje que se va a representar, o a la escena que pide cierto tono, ese arte, lo dominaba el escritor gallego desde muy temprano. De ahí tal vez que yo capte tantas voces en estas páginas. Los nietos de don Ramón afirman en la introducción (p. xv) que en estos documentos se constata la «continuidad a lo largo de toda su vida» de una visión política (y —diría yo— de una metafísica muy particular). Esto no quita que Valle-

* *Ramón María del Valle-Inclán, Entrevistas, conferencias y cartas. Edición al cuidado de Joaquín y Javier del Valle-Inclán. Valencia, Pre-Textos, 1994.*